decretos en los que se nombraba á Pepoli y á Valerio comisarios reales de las Marchas y de la Umbría; á Sant-Angeli, General de la Guardia nacional; á Silvestrelli, intendente de Rieti; á Mastricola, subcomisario de Perusa, y á Titoni, subcomisario de Ancona; á Silvani, subcomisario de Pesaro: revolucianarios los seis últimos, que fueron expulsados de los Estados pontificios á consecuencia del motin del 19 de Marzo.

«El 11 ó 12 de Septiembre—escribía M. de Quatrebarbes, Gobernador de Ancona por el Papa,—cuando el valiente Coronel pontificio, Sapi, se defendía heróicamente en Pesaro, uno contra veinte, frente al ejército piamontés, M. de Courcy, cónsul de Francia en Ancona, corrió á toda prisa al palacio de la legacion, que yo habitaba, llevando un despacho telegráfico que acababa de recibir firmado por el duque de Grammont, Embajador de Francia en Roma y que decía: «*El Emperador no consentirá la punible invasion de los Estados pontificios por el Gobierno piamontés.*».... En el acto me dirigí acompañado de M. de Courcy, al consulado, y allí convinimos en que para contener la efusion de sangre que estaba corriendo á ríos en una lucha desigual é impía, inmediatamente saldría como correo á Pasaro uno de los empleados del consulado, para comunicar el despacho del Embajador al General en Jefe del ejército piamontés. Unas horas despues, remitía efectivamente el cónsul de Francia aquel despacho al General piamontés, quien contentándose con avisar recibo, siguió adelante, sin preocuparse con la defensa del Gobierno francés.

«No repetiré en este lugar las palabras que se atribuyeron á los generales Fanti y Cialdini, usadas por ellos para explicar su atrevimiento. Esas palabras las dió á conocer en parte la *Indépendance Belge*, y luégo me las repitieron testigos dignos de toda fé; pero no quiero asegurar sino aquello que me consta por haberlo visto ú oido, y no habrá mentís en el mundo que pueda quitar su verdad á lo que yo digo.»

Ningun mentís se dió jamás á M. de Quatrebarbes.

En cuanto á lo que dijo Napoleon III en Chambéry, á Cialdini y Farini, sábese perfectamente. M. de Becdelièvre, Coronel de los zuavos pontificios, fué entónces uno de los prisioneros de los piamonteses; y, encerrado en Recanati despues de la capitulacion de Loreto, tuvo con el General Cuggia, que mandaba como segundo á las órdenes de Cialdini, la siguiente conversacion, que refiere en su obra *Recuerdos del ejército pontificio:*

ARTS SPUDOC

No hay para qué hacer la reseña de aquella breve campaña de las Marchas, cuyo resultado no podia ser dudoso, dados la superioridad de nuestras fuerzas y los elementos de descomposicion que habíamos introducido en las filas del ejército pontificio, y me limito únicamente á publicar un hecho que algunos conocen, otros nada más sospechan y los más ignoran por completo **Sí, el General de Pimodan murió asesinado**. En los momentos en que se lanzaba á la cabeza de algunos hombres que habia reunido para cargar contra una columna piamontesa, le disparó á boca de jarro en la espalda un tiro, cierto soldado que estaba por detrás de él y que no fué otro que aquel Biambilla, á quien meses ántes había yo hecho enganchar en Roma. Dicho soldado, una vez llegado al campo piamontés, fué nombrado cuartel maestre de carabineros, y actualmente es-

---

—«¿No teme Vd., le pregunté (habla M. de Becdelièvre) que mande arrestarle Francia? ¿No ha leído Vd. el despacho que el duque de Grammont le dirigió al cónsul de Ancona sobre que se opusiese por la fuerza el Emperador á las invasiones que efectuara Vd?

—«¡Oh! me contestó riendo Cuggia. Tenemos nosotros mucha más letra menuda que el duque. El viérnes último á la hora de estar desayunándose nuestro General en Jefe, Cialdini, en Chambéry, pidió consejo acerca de lo que tendría que hacer, y se le contestó: «*Entre Vd., y obre pronto!....*» Y, ya Vd. vé que vamos pronto.»

Ya no se dirá, despuès de todo esto, que nada vale el testimonio de Carletti, puesto que ha quedado victoriosamente confirmado. Bueno es hacer por que se conozcan perfectamente los misterios de este episodio de la unificacion italiana, y creo que se me agradecerá el que haya publicado estos pasajes, apénas si conocidos, de las memorias del antiguo jefe de la policía política de los Cavour y de los Farini, pues habiéndose hecho desaparecer la obra donde se publicaron, hube de copiar aquí lo que me pareció más del caso.

This document was modified using ARTS Soft Pro

tá de guarnicion en Milan. Eso sí, él no hizo más que obedecer las instrucciones de sus superiores.

«Semanas ántes de que entraran á las Marchas los piamonteses, fuí enviado á Nápoles. Ya el Gabinete de Turin comenzaba á abrigar cierta desconfianza sorda respecto de Garibaldi. Sabíase que los mazzinistas se movían con actividad en Nápoles, donde se hallaban reunidos sus principales jefes, esto es, Mazzini, Aurelio Saffi, Mordini y Alberto Mario: y se temía que, sin dotes políticas y gobernante ménos que mediano, Garibaldi se fuera á dejar embaucar por los artificios de los republicanos, de donde resultara que aquella revolucion napolitana cuyos progresos rápidos fuerza es decir que no tanto se debían á las armas del aventurero General cuanto al dinero del Piamonte, tornara á la confusion de Turin. En una palabra, el Ministro veía levantarse ya el fantasma de la Italia meridional constituida en República con Garibaldi como Presidente, y esos temores fueron, tanto por lo ménos como la posicion embarazosa del ejército meridional en frente de Capua, los motivos que determinaron la brusca invasion de las Marchas. Mi mision estaba reducida, pues, á asegurarme del verdadero estado que tenían las cosas, y contrariar las influencias que pudieran desviar á Garibaldi de los intereses piamonteses.

«Hallé á Nápoles en el más increible desórden, y el campo de Caserta en un desórden todavía más increible. Rebosaba mujeres el ejército, sien-

ARTS Split Pro

do las heroinas milady White (1) y el Almirante Emilio, y todas las noches eran allí de orgías. No estaba conocible Garibaldi cuando no satisfacía su pasion de popularidad haciendo que le aclamaran en las calles de Nápoles, y dividía el tiempo

(1) Con más exactitud, miss Jessie White.

Garibaldi nos ha dejado en su relacion de los Mil la manera como llegó á conocer á miss Jessie White.

«Habíase empeñado, dice, ántes del alba el combate el día 1.º de Octubre, y á las tres de la tarde estaba yo completamente en ayunas en lo más recio de la batalla, ocupado en formar las columnas de ataque de las reservas que me habían llegado de Caserte para lanzarlas contra el enemigo entre Sant-Angelo y Santa Maria, cuando se me presentó un ángel tutelar con las facciones graciosas é intrépidas de Jessie. Semejante aparicion me llenó de asombro y me trajo á la memoria á la generosa y caballeresca Nacion que me ha colmado de tantas pruebas de una simpatía muy superior á mis merecimientos. A mis ojos era esa aparicion como un emblema de aquel país, tanto más, cuanto que se me presentó en compañía de un marinero jóven que vestía el uniforme de la escuadra inglesa. La jóven llevaba consigo un cesto completamente lleno de provisiones.

«Si no era aquello buena suerte, quisiera yo que se me indicara otra mejor. Lo cierto es que me decía á mí mismo: «Esto es de buen augurio.» Tenía yo en aquel momento mucha hambre, y acaso hubiese caído en la tentacion; pero una granada que reventó á pocos pasos y me alcanzó el muslo derecho con uno de sus fragmentos me recordó mi deber, y dando gracias á la encantadora mujer, le rogué que se retirara, lo cual hizo, aunque no sin pena.»

Añade Garibaldi en una nota:

«Por aquellos días la escuadra inglesa que estaba anclada en la rada de Nápoles tuvo muchos desertores que venían á engrosar nuestras filas. ¡Tanta era la simpatía de aquella valiente Nacion por la libertad de Italia!»

Y vemos ciertamente que no sólo fué traicionado Francisco II por gran número de sus generales, sino que frente por frente de él, Inglaterra se portó con gran perfidia. Lord Palmerston fué quien mandó á la escuadra inglesa que anclara en aguas del golfo napolitano, y áun cuando desde luégo se comprende que nada tenía que hacer allí la escuadra supuesta la neutralidad declarada por el Gabinete londonense, esa neutralidad no era más que mentira. Garibaldi mismo reconoce que los soldados in-

entre Milady y Alejandro Dumas (1) que por todas partes iba tras de él. Nada veía, en nada se ocupaba y dejaba que todo siguiera la corriente. Con la ayuda de esta indolencia, Nápoles era el objeto de una explotacion formal por parte de los Conforti, de los Scialoja, de los Cardona, de los Imbriani, de los Tefano, etc. No entraré en pormenores, que podrán verse en el folleto que preparo sobre los asuntos de Nápoles.

«La situacion de este reino, desde el punto de vista de la política, era de naturaleza capaz de acarrear varios cuidados al Gobierno del Piamonte: pues sorprendidos por un momento los borbonistas con la brusca é inexplicable aparicion de Garibaldi, comenzaban á ver los acontecimientos

---

gleses abandonaban los buques de la escuadra para ir á engrosar las filas del ejército revolucionario. ¿A quién, pues, podrá hacerse creer que aquellos soldados en realidad eran desertores, cuando no teniendo ya necesidad Garibaldi de ellos, se volvieron tranquilamente á bordo, y jamás se ha oído decir que uno solo compareciera ante el Consejo de guerra del Almirantazgo inglés?—Un buque inglés fué el que en 1858 desembarcó en las Calabrias la cuadrilla de revolucionarios que capitaneaban Pisacane y Nicotera.

Miss Jessie White hizo tambien conocimiento en Nápoles con Alberto Mario, francmason mazzinista y afamado socialista, que al fin se desposó con ella, quien actualmente es la viuda Mme. Jessie Mario-White. Escribe con gran talento, y era la que inspiraba á su marido; tanto que muchos de los artículos de la *Lega Della Democrazia*, suscritos por él, eran en realidad de ella.

(1) Alejandro Dumas, padre, era lo que en la jerga de los *boulevards* de Paris se llama «un buen gloton.» Estaba entusiasmado hasta el extremo por Garibaldi, y cuando tuvo noticia de la expedicion de los Mil, llegó presto con su yate, habiéndose rendido ya Palermo á las tropas del condotierre, como bien se comprenderá. El bueno del gran Dumas hizo desde entónces la mosca del coche, ocupado en organizar en Nápoles todas las grandes fiestas, pues ya se sabe que la gula era su vicio favorito.

ARTS Split Pro

con más calma, sintiendo ya los primeros movimientos de los abruzzos que se disponían á levantarse contra los recien llegados, mientras que por otra parte atormentaban los mazzinistas el ánimo débil de Garibaldi, en cuyo rededor veían agruparse numerosos partidarios.

«No había ya á quien preocupara el piamontés, porque una palabra de Garibaldi ó una simple victoria de Francisco II, habrían bastado para acabar por completo con sus esperanzas. Ante una situacion tal, que expuse extensamente al Ministerio, no podía éste sin faltar á su programa de unidad italiana, que sabía perfectamente haber pagado con su dinero, no podía titubear, decimos, y en verdad no titubeó.

«Todavía estaba yo en Nápoles, cuando llegó allá Farini con el título de lugarteniente del Rey, y permanecí aún en su administracion como jefe de la policía política. Lleno de fé en su habilidad y en el porvenir, llegó tambien el antiguo Gobernador de la Emilia; pero al cabo de unos cuantos meses, salía decepcionado y profundamente descorazonado, y pronto, uno despues de otro, fueron debilitándose el príncipe de Carignan, Constantino Nigra, Ponza di San-Martino, el mismo Víctor Manuel, aunque presentado por Garibaldi, y por último, Cialdini, á pesar del apoyo con que contaba de los mazzinistas.

«Me separé yo de Nápoles con Ponza di San-Martino, y al llegar á Turin recobré con mi renuncia mi libertad....

This document was modified using ARTS Split Pro

«Notablemente se había modificado mi manera de pensar con la experiencia que había adquirido. Como todo lo había yo palpado y como conocía ya mejor las nececesidades y aspiraciones de Italia, comencé á dudar mucho de llegar á ver el coronamiento de un edificio cuyos cimientos se habían echado en Plombières y se habían ensanchado despues desmesuradamente. Veía yo la repunancia con que, sólo como por cambiar de régimen político, aceptaba la Lombardía al Piamonte; veía cómo se imponía éste por medio de la sorpresa y de las maniobras que se ejecutaban en Palermo, en Modena y en la Italia central, y cómo, en fin, con inmenso trabajo y gran derramamiento de sangre (1) se mantenía en el reino de Nápoles que

[1] Para que se tenga una idea siquira en globo de los crímenes que en 1860 se cometieron en mi patria, me bastará con citar un extracto del relato enviado á todas las cortes por el General marqués de Ulloa, uno de los muy pocos realistas que se conservaron fieles á Francisco II.

«Al tiempo de invadir los Estados napolitanos los Generales traidores y extranjeros, los Pianelli, los Nerin, los Galateri, los Fumel, etc., anunciaron una guerra de exterminio en la cual era crímen la compasion. Cialdini, que se puede vanagloriar de haber mandado hacer durante el corto tiempo de su lugartenencia mayor número de fusilamientos que todas las autoridades anteriores juntas, dirigía en 28 de Octubre esta proclama á los oficiales que tenía á sus órdenes: «*Publicad que yo mandaré fusilar á todos los paisanos á quienes se aprehendiere con las armas en la mano, cosa que ya comencé á poner «en obra, y que por donde quiera que han caido los insu«rrectos* (los que defendían su patria y su nacionalidad «contra el invasor) *en manos de los piamoteses, han sido «fusilados sumariamente y sin misericordia.*»

«Vióse entónces sacrificar hasta 40 ó 50 prisioneros al mismo tiempo. Así, por ejemplo de 80 que había en Monteciffiano, fueron pasados por las armas 47; en Montefiascone fueron degollados 50 hombres que se habían ido á refugiar en el templo; en Monteglioso, despues de encerrados en una cabaña 12 labriegos por no haber dado suficientes instrucciones á un capitan acerca del camino que habían tomado los «insurrectos,» fueron quemados vivos en presencia de los individuos de sus familias.

«Pueblos enteros asistieron en tiempo de Garibaldi á los asesinatos cometidos por Adriano, Trasso, Paduli, Montemiletto, Terrecusi, Panepisi, Saint'Antimo Isernia, Castellancia, Castelsarraseno, Carbone y Lutronico, pacíficos asilos de la industria y de la agricultura.

«Vióse en la conquista piamontesa la destruccion de San-Marco-in-Lunis, de Viesti, de Catronei, de Spinello, de Rignano, de Barrile, de Vico-di-Palma, de Campo-di-Miano y de Guardia-Reggia, despues de una série de inmundas escenas de pillaje, sacrilegios y violaciones. ¿Quién, por último, no ha oido hablar del horroroso incendio y destruccion de Pontelandolfo y de Cusaldoni?....

«Segun los datos oficiales comunicados por el Ministerio de Gobernacion de Turin, todavía muy distantes sin duda de la realidad, y publicados por el *Portafoglio Maltese*, treinta mil italianos había que andaban mendigando en el extranjero á consecuencia de la anexion, y ochenta mil á quienes se había privado de sus propiedades y reducido á la miseria en el interior. En cuanto á los fusilados y á los asesinados, confiésase que su número ha de haber pasado de diez y ocho mil. Los napolitanos reducidos á prision en un solo año, pasaron de catorce mil.»

Ya se verá, pues, cuán imposible era que efectuada en semejantes condiciones, se hubiera proclamado aquella anexion realmente por la voluntad popular.

le acababan de vender algunos. Por ninguna parte había yo alcanzado ver aquel entusiasmo por la unidad italiana, que, imbuido yo en ideas piamontesas, por do quiera esperaba ver resplandecer; veía, sí, en cambio, expresado con el mayor vigor el instinto de independencia local, y veía tambien tenido por todas partes al Piamonte como extranjero y usurpador.

«En vista de esos sentimientos, no podía yo ménos que persuadirme de que la verdadera bandera del movimiento italiano, había sido sin cesar la *independencia*, JAMÁS la *unidad*.»

Espero que se me agradecerá haber dado en lugar de la crónica de la guerra anexionista de

ARTS Sub Pro

1860 y de la cronología de sus campañas, que todos conocen ya, la precedente exposicion documentada de los enveses políticos de los acontecimientos; pues no por saberse lo que pasó en la escena, se ha de saber tambien lo que tuvo lugar entre bastidores. Así, pues, ya el lector acaba de comprender cómo y de qué manera se dirigía la accion.

Todo se llevó á cabo por la francmasonería. Grandes Maestres fueron los tres autores principales de lo acontecido; pero sobresale de entre todos ellos lord Palmerston, el patriarca de la alta masonería política, tal como funcionaba ella entónces; quiere decir, limitando su accion á Europa y ejerciéndola por medio de influencias personales de unos jefes sobre otros, sin llegar todavía, empero, á la perfecta organizacion que verémos tuvo ya en 1870.

Vienen despues, como en línea paralela con los de Palmerston, los trabajos de los Grandes Maestres Cavour y Mazzini: dos individuos que son como dos corrientes masónicas, que partiendo de principios distintos, van á confluir, el primero hipócritamente, el segundo con ímpetu, á la destruccion del Papado, que se espera quedará sumergido con la unificacion de Italia.

Cavour quiere esa unificacion, pero conservando la monarquía, manteniéndola en forma constitucional é implantando para siempre la Casa de Saboya, del uno al otro cabo, en la Península.

Mazzini, que tan mal éxito tuvo en sus tentativas de 1848, cuando se proponía republicanizar á todos los pueblos, y que debido precisamente á ese fracaso hubo de inclinar su influencia delante de la de Palmerston, resignóse á que la monarquía piamontesa fuera la que gobernara en la Italia unida; pero esto lo hizo á título de transaccion, con la esperanza de que llegara á madurar en los pueblos el sentimiento del republicanismo.

El capitán de la francmasonería, y por consiguiente el instrumento de Palmerston, Cavour y Mazzini, es Garibaldi, otro Gran Maestre.

Por lo que hace á los dos monarcas que en aquella tragicomedia hacen su correspondiente papel, y son Napoleon III y Víctor Manuel II, obedecen á dos distintas consideraciones, muy distintas en cuanto al obrar de cada uno de los dos. El primero de ellos no da un paso que no sea á despecho suyo; vése cómo deplora su antiguo juramento de carbonario; por el conocimiento que tiene de lo que se está tramando, quisiera de todas véras no estar metido en tan malhadada empresa; el apego á la corona le pone en el terrible caso de halagar al mismo tiempo á los mazzinistas y á los conservadores católicos, y de ahí aquel ir adelante, tan pronto como detenerse bruscamente y hasta retroceder, que tanto asombran al historiador, y aquel constante vacilar y aquel contradecirse á sí mismo tan frecuentemente, para que al último ni dejara satisfechos á los mazzinistas y sí se enajenara la voluntad de los católicos. ¿Y todo por qué? ¡Por el ansia de conservar el trono!

ARTS Split Pro

¡Desgraciado de Napoleon III, que no estaba destinado para conquistar la felicidad y cuyo triste reinado había decretado Dios que fuera á terminar en Sedan!.... El otro, ó sea Víctor Manuel, obra lleno de regocijo trabajando por la unificacion de Italia, puesto que esa unificacion tiene que ceder en su provecho, á lo ménos segun él crée, y juzgándose á sí mismo hombre de talento, alegremente hace sacar del fuego la castaña por mano de Garibaldi, con la persuacion de que se sirve de Mazzini por venirle todo el éxito de su empresa principalmente de los revolucionarios. ¡Pobre ciego, que no vé cómo, por el contrario, la revolucion es la que se sirve de él, y como por causa nada ménos de la unidad Italiana, que ya es un hecho, hoy la Casa de Saboya es prisionera de la revolucion; qniero decir, de la francmasonería!

Así, pues, los que conocen hasta los más recónditos secretos de la secta distinguen en todos estos actos, amén de la inspiracion del patriarca Palmerston, las dos políticas masónicas: la de Cavour y la de Mazzini, que si bien distintas entre sí, convergen al mismo punto y van acordes en lo que se refiere al resultado principal que las dos persiguen. Prueba de ello es que tento Mazzini como Cavour pusieron por delante á Garibaldi, á quien los dos impulsan y los dos sostienen, proveyéndole de recursos el uno y dándole soldados voluntarios el otro; fomentando éste los motines que habrán de servir de pretexto para las invasiones,

ARTS Split Pro

y pagando aquél las invasiones que darán al fin el triunfo al ejército anexionista.

Pero ambos obran siempre paralelamente y siempre en el sentido de la unificacion; ambos se sirven de recíproco apoyo á sí mismos, y cada uno de los dos, Mazzini y Cavour, ejercen una accion oculta, personal, distinta absolutamente una de la otra, sin comunicarse para nada los secretos de esa accion oculta, sino que cada uno tiene para la misteriosa obra su agente principal, un hombre de toda su confianza. El principal agente de Cavour es Carletti: el de Mazzini es Lemmi.

Lemmi, que en Diciembre de 1843 salió de Liorna su ciudad natal, no como conspirador que tuviera por qué temer á la policía política, sino como un perverso que abandona el hogar paterno para llevar una vida de haragan y de vagabundo; Lemmi llegó á figurar como personaje en la política despues de haberse aliado con Kossuth y con Mazzini sucesivamente, y sus amaños é intrigas acabaron por hacer que se le clasificara en la categoría de los proscritos. De este modo, cual un desterrado que ve abrírsele las puertas de la patria, fué como volvió á hacer su entrada oficial en Toscana, á la sazon que la anexion piamontesa arrojaba de allí al gran duque. Despues de esto, Lemmi se estableció en Florencia.

Queriendo entónces tapar su juego al mismo tiempo que hacer una gran fortuna, establecióse como banquero. Jamás carecían de dinero sus protectores Kossuth y Mazzini, ya fuera propor-

cionado por la masonería, ya por Inglaterra. A su lado había comenzado Lemmi por hacerse de unos cuantos recursos; sus robos en la época de la guerra de Crimea habían aumentado su capital, que todavía halló manera de aumentar más, cuando los piamonteses y los revolucionarios dilapidaron las riquezas de los soberanos á quienes habían despojado. En Florencia dedicóse desde luégo Lemmi á la usura como buen judío que se había hecho, prestando al cinco y al diez por ciento mensual, y hasta, segun dicen, al 200 y al 300 al año; pero sin dejar para nada la política, pues ántes bien siempre fué un auxiliar de valer para Mazzini y con frecuencia se ausentaba del lugar donde residía para ir y venir por todo el reino. Volvió á encontrarse con Mazzini y con Garibaldi en Nápoles, donde tambien se hallaba Crispi, sin embargo de no mencionar Carletti á éste último en su narracion.

Lemmi fué él que teniendo como sagrado el recuerdo de su conspiracion de 1857 inspiró á Garibaldi el escandaloso decreto por el cual concedió el condottiere-dictador una pension pagadera por el Tesoro público á la familia del asesino Agesilas Milano.

Ya hemos visto poco há que entónces comenzó á abrigar grandes temores Víctor Manuel de que los revolucionarios fueran á beneficiar a la Casa de Saboya con la conquista de las dos Sicilias, y por eso se puso de su parte el ejército regular, como que era necesario no dejar que se estableciera una república meridional, pues entónces el Piamonte, á quien se debían todos los gastos de

la expedicion garibaldista, habría supuesto que se le había robado. Por otra parte, juzgaba Víctor Manuel que, teniendo en consideracion á las potencias católicas, era prudente detenerse por de pronto en lo que estaba ya hecho, entretanto anunciaban Garibaldi y Mazzini que era ya tiempo de ir á Roma para concluir la unificacion de Italia.

Cuéntase á este respecto que en aquella ocasion dijo Garibaldi un día en presencia de Bertani, cuya influencia ya comenzaba á oscurecer la de Liborio Romano:

—Nada habrémos hecho mientras no nos apoderemos de Roma. Debemos ir adelante hasta el fin, inspirándonos en el Dante, que escribió: «Harémos la Italia, áun cuando sea ayudados por el demonio!»

Y que entónces Lemmi, que estaba allí presente, añadió levantando la voz con una sombría energía:

—Sobre todo, con la ayuda del demonio!

En efecto: devoto fanático del ocultismo largo tiempo hacía, y entusiasta adepto de la más negra cábala, Adriano había llegado á ser satanista hasta el extremo.—Harto tendré que decir, con respecto á esto, en la obra que estoy preparando acerca del *Satanismo en la Alta Masonería*.

Sabido es que el Gobierno piamontés acabó por impedir que en aquellos momentos llegaran los revolucionarios hasta el último extremo de su programa. M. Pallavicino Trivulzio, nombrado prodictador por Víctor Manuel y representante que

ARTS Split Pro

era del partido moderado, excitó á Mazzini para que saliera de Nápoles, é hizo tambien salir al mismo Francesco Crispi.

Pero á Lemmi no se le inquietó. Preguntábase Cavour lo que sería este ajudiadillo (1) tan revoltoso; y habiendo mandado que se practicara una averiguacion por su cuenta, llegó á cerciorarse de que nuestro héroe era el agente secreto de Mazzini. Desde entónces hizo que se le vigilara muy de cerca, pero sin molestársele. Cavour, excelente diplomático, había juzgado con toda exactitud al hombre, descubriendo en él más codicia que ambicion de gloria; y se resolvió á conservarle á su modo, es decir, sin poner trabas á sus especulaciones, á sus baturrillos financieros. Hé aquí por qué cerró los ojos el Gobierno piamontés ante las usuras y demás medios indecorosos de que se valía Adriano para aumentar su capital. Ya sabemos cómo el Gobierno de Víctor Manuel le asoció más tarde en la Administracion de Tabacos.

Empero, como Lemmi seguía siendo adicto á Mazzini, quiso Cavour asegurarse contra cualquier tentativa antimonarquista de parte suya. En la averiguacion que el Ministro había mandado practicar llegó á saber las hazañas hechas por Lemmi en Marsella al salir de Liorna en Diciembre de 1843, sobre algunos portamonedas, particularmente sobre el del Dr. Grand-Boubagne, y la sentencia infamante que contra él pronunciara el

(1) El original francés dice *petit juivaillon*, que no encontramos manera de traducir sino como lo hemoshech*N. To.*—

ARTS Split Pro

Tribunal Correccional: entónces, para hacerse de una espada de Damocles que poder tener suspendida sobre Adriano, pidió Cavour al Gobierno de Napoleon III que le mandara sacar una copia oficial y auténtica de la sentencia de 22 de Marzo de 1844, copia que al fin recibió por la vía diplomática en buena y debida forma, transcrita por la Escribanía de Marsella y con el sello de la Procuraduría imperial.

Este testimonio oficial de la infamante sentencia ha sido una arma terrible que por mucho tiempo han venido empleando Víctor Manuel y su sucesor para mantener á Lemmi en una prudente reserva, y se conservaba hasta 1893 en el Archivo del Ministerio de Gobernacion del Gobierno italiano. Ya diré á su tiempo de qué manera tuvo noticia de su existencia un diputado independiente que alguna vez habló del caso desde la tribuna: lo cual no era obstáculo para que Lemmi negara el hecho, sabiendo, como sabía, que el Gobierno de Italia, á quien él habia retribuido, no publicaría semejante pieza.

Diré tambien cómo Adriano, molesto con ver que subsistía aquella prueba de su indignidad, se puso de acuerdo con su aliado Crispi á efecto de hacerla desaparecer, y cómo, habiendo llegado á husmear semejante maniobra miss Diana Vaughan, implacable adversaria de Lemmi, la desbarató apoderándose del famoso documento, pues ella es quien actualmente le posée, y no es por cierto el único papel de importancia en el cual ha logrado poner la mano.

Tengo que manifestar, por último, que á pura deferencia de miss Diana Vaughan debo el poder publicar en esta obra el facsímile fotográfico de la sentencia condenatoria de Adriano Lemmi, tal como le recibió Cavour del Gobierno de Napoleon III; tal como se conservó por espacio de treinta y dos años en los archivos secretos de Víctor Manuel II y de Humberto I; tal, en fin, como obra actualmente original, ya lo he dicho, en poder de la ex-Gran Maestre de Nueva York.

ARTS Split Pro

CREACION Y FUNCIONES

DE LA ALTA MASONERÍA.

NOS encontramos en 1869 con Lemmi, ya rico. El ladron del Dr. Grand-Boubagne se halla establecido en Florencia, en plena prosperidad; se ha hecho de algunas casas en la antigua capital de Toscana; es, en suma, un gran propietario.

No sería posible conocer en él al en otro tiempo seco y descarnado vendedor de rahat-loukoum y de pastas epilatorias de Stamboul: tiene hoy considerablemente abultado el vientre; su rostro, ántes pálido, ha vuelto á su natural color. Ostenta en el chaleco una gruesa cadena de oro recargada de joyitas del mismo metal macizas.

Con todo, en medio de su opulencia, algo hay que le está inquietando, y es que sospecha se hayan descubierto sus ensayos marcados con el sello de la infamia, y teme que el día ménos pensado venga un enemigo á echárselos públicamente en cara.

¿Qué hacer?....

This document was modified using ARTS Split Pro